

EN EL PUEBLO

POR EDUARDO MAULEÓN

Desde esta pequeña ermita, de paredes recién blanqueadas y tejas completamente renovadas, se domina ampliamente el pueblo. La torre de la iglesia queda frente a mí; cerca, tan cerca que veo a dos muchachos subidos en la torre dedicados afanosamente a dar vueltas a la campana grande. Esta sube lenta, perezosamente, como si estuviera haciéndose rogar. Y cae con majestuosa gravedad, solemne, para recibir al instante el golpe seco y duro del badajo de hierro que le hace sacar un sonido que, lleno de temblores, se pierde en el infinito.

Son fiestas ahí abajo. De rato en rato un cohete sale rompiendo el espacio y tres detonaciones casi simultáneas, se escapan tras los montes. Las golondrinas vuelan y chillan alocadamente alrededor de la torre; se paran en ella acurrucándose entre los hierbajos que nacen en las grietas de las piedras, oscuras y gastadas de tanto lavarlas las lluvias, para huir en seguida y comenzar de nuevo su nervioso zigzagueo.

Las calles del pueblo están vistosamente engalanadas. Gallardetes colgando de unos postes pintados de blanco y guirnaldas trenzadas con ramas de boj rodeando el quiosco de los músicos. Y banderitas de papel de variados colores suspendidas de unas cuerdas que van de balcón a balcón y de un árbol a otro.

De un rincón del pueblo el viento trae sonidos de txistu. Poco después se perciben con mayor claridad y, entonces, doblando una calleja, aparecen los dantzaris. Sus cintas de colores revoloteaban a cada salto mientras los finos cascabeles ádosados a las piernas tintinean con gracia llevando el ritmo de la danza.

Detrás de los dantzaris viene la imagen venerada en el pueblo, llevada en andas, según ya tradición, por cuatro mozos que les toque ingresar en filas. Y tras ellos, pausadamente, las autoridades y clero. El alcalde, muy joven todavía, con su vara de fresno de brillante barniz y empuñadura de oro, va mirando alternativamente a sus zapatos de charol y a las verdes lomas que se elevan por encima del pueblo, como si aquéllos y éstas le reflejaran el destino que él quisiera para su pueblo.

Y allí van también el Secretario y el diputado del distrito, cuchicheando, sin apenas doblar la cabeza para mirarse. Y los concejales y el párroco y los otros párrocos del valle; el teniente de la Guardia Civil con su banda cruzada por el pecho y sus medallas y esas tiras horizontales de colores que recuerdan las banderas de muchos países.

Y, ¿cómo no?, también va ese señor que en el pueblo nadie sabe quien es ni de dónde viene, aunque todos sospechan a qué va.

Ante la puerta de la iglesia llena de críos y mujeres con velo y misal, se despiden los dantzaris. Todos los demás entran en el templo que saca a la calle olor de flores y de incienso.

En el frontón hay en este instante un desafío de hachas. Seis troncos de blanca madera de haya descansan, bien afianzados, sobre las pulidas losas. Hay un joven que con el hacha está arrascando con rápida y admirable habilidad, la superficie de ellos hasta el límite que le indica otro individuo, que, con la cinta de medir, la va pasando por la panza del tronco.

Ya están los dos aizkolaris subido cada uno en su tronco respectivo. Camiseta nueva, sin calzado y el bordillo del pantalón metido por los calcetines. El pulido acero de las hachas centellea fugaz sobre sus cabezas; baja y sube rítmicamente arrancando del tronco gruesos pedazos de madera que salen violentamente proyectados hacia los exaltados espectadores. Los enseñadores van indicando continuamente con la «makilla», el punto donde el aizkolari ha de asentar el golpe inmediato. Otro acompaña el ritmo del golpe con fuerte voz, mientras un tercero le abanica con un pedazo de cartón.

Hay en la plaza del pueblo unos puestos de tiro a las cintas. Un grupo de muchachos contempla a un compañero que con una carabina apunta cuidadosamente a una cinta excesivamente ancha y enormemente floja. No da una. Protesta porque la cinta está floja, pero la mujer de la caseta le contesta que lo que tiene que hacer es apuntar mejor. Por una de esas raras casualidades el mozo, de boina enorme y cuello de toro, ha conseguido partir la dichosa cinta. Todos sus amigos se emocionan, gritan, aplauden y casi se lo quieren llevar a hombros. El, pletórico de orgullo, les enseña por encima de sus cabezas, una bolsita que contiene un diminuto muñeco de cascarilla que lleno de satisfacción subirá a la noche a su caserío de la frontera.

Ha comenzado a llover. Aquellas nubes que se habían parado a descansar sobre los montes que rodean al pueblo, han venido resbalando hasta él, obligando a las gentes a guarecerse en sus casas o en las numerosas tascas que aquí hay.

La plaza ha quedado vacía. Sólo se ve un perro delgaducho, sucio y tembloroso que con el rabo entre las patas está olisqueando un montón de sucios papeles empapados por la lluvia.

La campana grande comienza a tocar a vísperas.